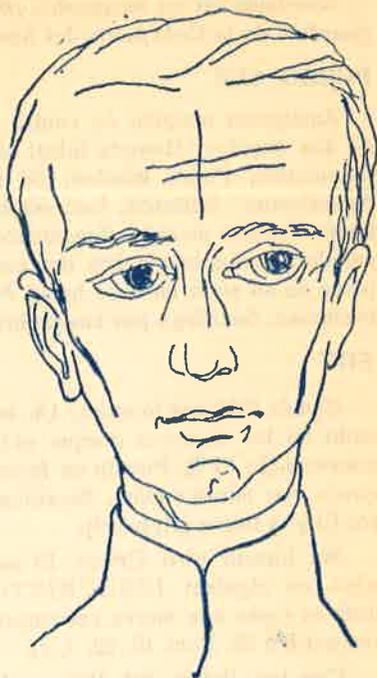


¿QUIÉN ERES, SACERDOTE?

Pablo Vázquez S. I.

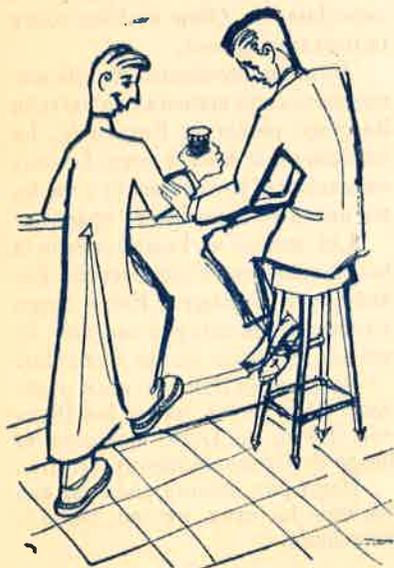


**Algo de lo que uno piensa cuando
está en una sala de espera...**

Viste de negro, no forma hogar y habla de cosas serias... ¡hum! Pero se le cede el asiento en el tranvía, la derecha, la presidencia. Eres un ser extraño, sacerdote. Pocos se encogen de hombros ante ti: se te ama o se te desprecia. Diríamos que dejas marcado el terreno que pisas con el signo de la contradicción.

Molesto para el grupo, se busca el diálogo contigo. Lo *ultrainterno* que escondemos al íntimo, a la madre, descorrido ante ti.

Convencido de que eres un *inadaptado*, busco tus soluciones para hoy. Célibe y todos te llaman *Padre*... ¡Eres singular, sacerdote! ¿Quieres decirme quién eres?



NO SOY

Un superhombre, un mago, un ángel, harina de otro trigo.

Asustadizo de *ellas*. Cobarde en la batalla de la vida.

Enorme fracasado. Niño grandote. Prófugo. Comodón. Hipócrita de lo eterno.

No bufón, ni acero, ni profesional de idéntica curvatura a los otros.

Ni soy santo, ni bajo al infierno.

DEBO SER

Forastero en el banquete de la Ciudad. Amor atracado en los muelles de Dios. Sal, luz, blancura, lago tranquilo que deje ver al Hijo que arde en mí.

Tránsfuga de lo pequeño. Disponible, como un taxi con el *Libre* siempre alzado.

Huésped del presente, bandera, ángel con cruz.

Sportman en un incansable ¡listos! Vigía de Roma. Pastor y Piloto. Centinela, bueno, guardián de la *Caja fuerte* del Amo.

PUEDO SER

Almagma insípida de ceniza y cielo. Híbrido de dos mundos. Moneda falsa: cara de pan, cruz de mentira. Pobre hombre. Ni frío ni caliente. Aguafiestas. Solterón. Incorregible. Naípe boca abajo. Político de café. *Funcionario* de Roma. Tremendo *zote* aupado sobre una sotana. Anacrónica pieza de un siglo lanzado hacia Marte. Mercader tramposo. Sacrilego por costumbre.

SOY

Con la Biblia en la mano: Un hombre, entresacado de los hombres porque el Señor quiso y yo consentí (Jn 15 16). Puesto en favor de ellos en las cosas que miran a Dios. Sacrificador. Puente entre Él y la tierra (Heb 5 1-4).

Me llaman otro Cristo. El sacerdocio no es algo, es alguien: JESUCRISTO. Cada sacerdote es como una nueva reencarnación del Cristo irrepitible (S. Tom. III, 22, 4, c).

Con las llaves del Reino al bolsillo (Mt 16 19) y credenciales sobre el Cuerpo doble de Jesús: sacramentado y místico (Lc 22 19).

El que me escucha, escucha a Dios; quien me desprecia, a Dios desprecia (Lc 10 16).

Soy embajador de *Los Tres Grandes* del cielo (2 Cor 6 4).

«Dispensador de los misterios de Dios» (1 Cor 4 1).

Un sello de fuego marcará mis espaldas tras la cortina del tiempo: ¡sacerdote para siempre..! (S. Tom. III, 63, 5 ad 3).

De cara a mí mismo: Como los demás, pero con un acento más fuerte: Trascendente y temporal. Hombre del misterio y sin misterio.

Hay dos bandos que se tiran a muerte allá dentro: «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rom 7 19). Batirse como un bravo en medio de la calma, he ahí mi quehacer. Jesús, ese dueño de lo imposible, lo exige. No soy un bloque de nieve tallado por ángeles, sino barro en el molde de Dios. El tesoro lo llevo en vaso de



arcilla para que brille la fuerza de Cristo (2 Cor 4 7).

Objetivo: sintetizar mi propio dualismo en una unidad personal conquistada.

Mensajero del Inevitable, estoy enroloado en la legión de ese Gran Cuerpo Místico con la misión de continuar con una dedicación total y poderes especiales la *Obra* de Dios sobre la tierra: su Iglesia.

Mirando alrededor: En mis manos nace cada mañana una estrella de cinco palabras: Eucaristía. La alzo para que ellos la vean. Les soy necesario: si yo, limitación y vacío, me ausento, el mundo se apaga.

Les acerco al Lejano, atisbo la luz hundida entre indiferencia. Enseño, sufro, sangro. Entre fango y carne, frágil piragua cargada de sal por la unción de un Pescador.

Sembrar la Palabra, *atar y desatar* (Mt 18 18), nutrir las almas con el Pan de Dios, mantener el fuego de Cristo, inquietar, *servir*...

Hago paz sumergiendo en sus heridas la cruz de mi mano... manchada.



«Fuego blanco»: anchas las espaldas, el corazón... la sonrisa Para ellos soy el sólo. No desprecio el cuerpo, ni el matrimonio, ni la mujer: sigo a Cristo. La única fuerza que vence al amor es otro Amor más fuerte. Al trazar el círculo de amistad, hiqué la punta del compás sobre el Corazón de Jesús. Mi castidad: acero intacto con la gracia de Dios. También condición de fecundidad espiritual, libertad de entrega, bombardeo electrónico silencioso, continuado, penetrante sobre pedazos manchados de sociedad.

«Sin alforja»: sólo la profunda posesión de la verdad me abrirá camino. He de dedicarme a todos sin comprometerme con nadie: las callejas y el marqués, soldados, niños, negros y cobrizos...

«Con yugo». Auténtica libertad de mis sótanos: el martirio de la voluntad.

«Mi vida»: colosal pirueta en el Gran Teatro, oyendo dos voces: ¡ven!, ¡marcha!. Entre estrellas y asfalto. Hoy en honor, zamarreado mañana. El gris y el fiesta me esperan agazapados detrás de cada hora.

Con Cristo: Una gran tarea: entre mi fe y mi vida, poblar un desierto. Vivir tras un telón de silencio en medio de Babel para ser *escucha* de Dios. Trasmistir su mensaje a los hermanos ¡fecunda soledad! Sólo en el silencio se hace densa la vida.

En el perpetuo encuentro con Él dentro de mí, beber paz de sus ojos y llevar en los míos el reflejo de una puertecita de metal.

Encogerme de hombros cuando me ponen en un pedestal o me crucifican. Si la vida me golpea: llorar hacia arriba sin perder el buen humor.

Trasvasar su savia en mi tronco viejo y marchito para dar agua sin quedar con sed.

Ideal: calcar su mirada, su empresa, sicología, Corazón, para tremolar a Cristo en el asta de mi devenir. Que quien me mire, Le vea y se siente al *Banquete*. Después pasar. Después morir. Después quedar.

